

ESTUDIO

Cerveza de jengibre

Los alimentos en las novelas de LIJ británicas
y norteamericanas

Ana Fernández Mosquera*



BURGESS SHARROCKS, SECRET SEVEN MYSTERY, BROCKHAMPTON PRESS, 1961.

En muchas obras infantiles y juveniles de la literatura inglesa y norteamericana del siglo XX, especialmente en las del género de aventuras domésticas, tienen gran relevancia las descripciones de alimentos. La comida parece ir ligada al ir y venir de los protagonistas de, por ejemplo, las series de los Cinco y de los Siete Secretos, de Enid Blyton o de la saga de Guillermo Brown. Esta importancia de los manjares para el paladar comienza a notarse en la LIJ a mediados del siglo pasado, cuando las economías se habían recuperado después de dos guerras mundiales.

Siempre me han llamado poderosamente la atención las descripciones de alimentos que se han hecho en las obras infantiles y juveniles de la literatura inglesa, especialmente aquellas que aparecían en el género de las aventuras domésticas del siglo XX.

La comida parecía ir ligada de un modo ineludible al ir y venir de los protagonistas. Muchos de los personajes más conocidos, como los famosos Cinco, de Enid Blyton, no salían en busca de aventuras sin la consabida cerveza de jengibre acompañada de unos pastelillos caseros y, a menudo, eran recibidos con una apetitosa merienda compuesta de jamón, ensalada, huevo hilado, patatas con mantequilla batida cubiertas de perejil picado, crema salada casera, crema de queso, pastel de fruta o pastel de cerezas.

Las enormes despensas estaban también llenas de las mejores exquisiteces; pastelillos, tartas, empanadillas, emparedados, jamones y quesos, viandas ante las cuales nuestros cinco amigos se quedaban embelesados aspirando sus succulentas emanaciones.

Uno de los mejores colofones a una de las innumerables aventuras de los Cinco era sin duda una merienda casera compuesta por ejemplo de jamón, lengua, guisantes, lechuga rizada, tomates, huevos, pastel de guindas, compota y crema de leche.

En las fiestas nocturnas que se cele-

braban en los internados ingleses tampoco faltaba el elemento comestible que hacía aún más excitante la aventura de personajes inolvidables como la traviesa Elizabeth. En una fiesta nocturna que se preciase no podían faltar las sardinas, los melocotones en almíbar, los buñuelos de chocolate, las galletas o las botellas de cerveza (suponemos que de jengibre). Y es que no había cosa más divertida que comer y beber toda clase de cosas buenas a medianoche, en bata y zapatillas procurando no hacer ruido, conteniendo las risas y a la luz de las velas.

Los Siete Secretos de Enid Blyton celebraban sus reuniones secretas en el cobertizo acompañados de chocolate caliente y bollos recién sacados del horno que una atenta mamá les llevaba. Los protagonistas no tenían ningún reparo en interrumpir su importante reunión para «arrojarse» sobre los bollos y el chocolate humeante. Y es que todos estos «aventureros» se sentían más reconfortados y felices después de una merienda así, aunque estuviesen inmersos en una peripécia que los enfrentaba con unos desalmados ladrones, falsificadores o contrabandistas.

Ni siquiera Fatty, el gordito protagonista de la serie de Enid Blyton Misterios 2, renunciaba a engullir estas succulencias que en mi propia niñez me llenaban la boca de agua; bollos, cacao

caliente y pasteles rellenos de fruta. Fatty y sus amigos también experimentaban una cierta animación después de saborear un par de bollos cada uno.

Al propio Guillermo Brown en una ocasión también se le hizo la boca agua al oír hablar de una formidable merienda compuesta de jalea, crema, galletas de chocolate y pasteles helados. Es más, no tuvo ningún inconveniente en aceptar la proposición de un niño que en una ocasión le pidió que acudiera en su lugar a merendar con su abuela mientras que él, Laurence, iba a divertirse a una feria. En vista de que la abuela hacía años que no veía a su nieto, Guillermo decidió suplantarle para poder disfrutar de una deliciosa merienda en la que no faltó la macedonia de frutas, nata, jalea, buñuelos, pastel helado y galletas.

Frugal dieta inglesa para fortalecer el carácter

Todas estas maravillosas y detalladas descripciones comenzaron a aparecer en los libros juveniles a mediados del siglo XX. Los niños ingleses no habían gozado siempre de los placeres que proporcionaba una sabrosa merienda o una succulenta comida casera. En el siglo XIX, la situación era muy diferente y los niños protagonistas de las historias infantiles se te-



THOMAS HENRY, GUILLERMO EL INCOMPREDIDO, MOLINO, 1979.



JAME'S PRUNIER, MUJERCITAS, SM, 1997.

nían que conformar con una alimentación mucho más frugal y aburrida. De hecho, entre los elementos que más atraían a los niños ingleses de esta época se contaban las descripciones de alimentos que con todo lujo de detalles llenaban las páginas de muchas historias norteamericanas. Este hecho, que a nuestros ojos parece anecdótico, no lo es, sino que está sustentado en toda una filosofía de la educación infantil. Debemos tener en cuenta que las afirmaciones de John Locke a este respecto hechas en 1693, fueron seguidas por las clases altas inglesas durante más de doscientos años. Mientras que los niños americanos de las historias disfrutaban comiendo mermelada, fruta, tostadas con mantequilla, helado, té, café, carne o pescado con cebolletas, huevos y toda clase de pasteles, los niños ingleses tenían que alimentarse de manera menos imaginativa. La dieta recomendada y comúnmente aceptada incluía cordero cocido, patatas, *pudding* de arroz, pan y leche.

John Locke en su obra *Some Thoughts Concerning Education* (1693), había establecido los principios y reglas que debían seguirse en cuanto a la alimentación de los niños. El filósofo recomendaba una dieta baja en grasas, con poca sal, y simple que consistía en tomar carne una sola vez al día, un poco de fruta, nada de sal o especias, y para beber solamente

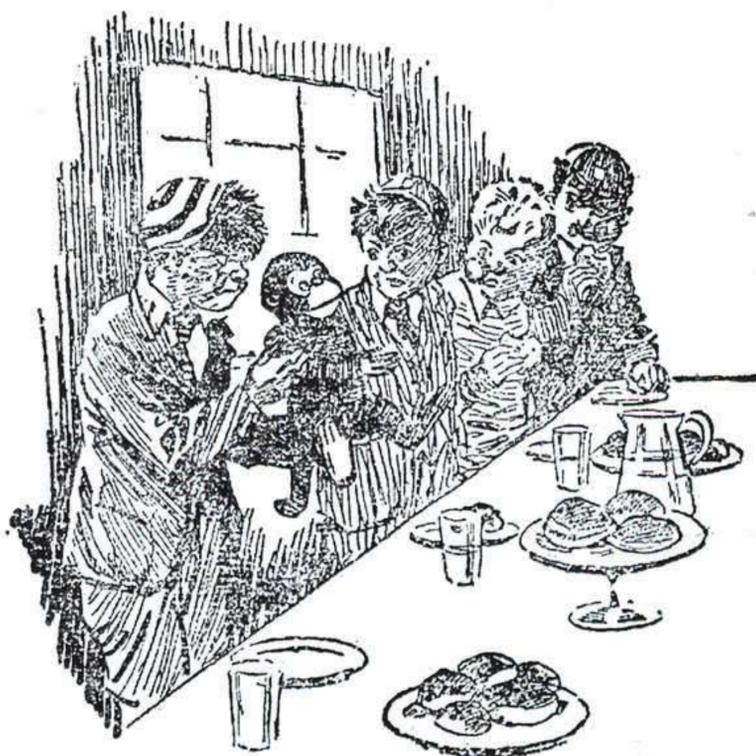
agua o leche. En ningún caso los niños podían comer pasteles ilimitadamente como los niños americanos, sino que su dieta estaba muy controlada y se convirtió con el tiempo en parte de una tradición que como se ha mencionado se siguió durante siglos. El objetivo de este régimen no era otro que el fortalecimiento del carácter que tanta importancia tenía para las clases más favorecidas.

Abundancia de manjares para los niños norteamericanos

A los niños norteamericanos protagonistas de historias domésticas se les permitía desayunar todo tipo de alimentos; fruta, ensalada, ostras, pasteles, tostadas rebosantes de mantequilla, pescado o carne, mientras que los sufridos niños ingleses tenían que hacerlo de una manera mucho más frugal y llenar su estómago con pan y leche. Los norteamericanos incluso permitían a los niños cenar a base de gelatina o helados, cuando los ingleses se iban a la cama después de haber cenado un vaso de leche con galletas. Al otro lado del charco, los adultos no dudaban

en ofrecer a los más pequeños bebidas como café o té.

A menudo en estas novelas domésticas juveniles norteamericanas leemos que los niños tenían acceso a todo tipo de alimentos que las diversas celebraciones traían a la mesa; después de un desayuno consistente en una humeante mazorca cubierta generosamente de mantequilla, podían asistir a una fiesta donde dar cuenta de *doughnuts*, mermelada y pasteles o degustar un hermoso pavo el Día



THOMAS HENRY, LOS APURADOS DE GUILLERMO, MOLINO, 1979.



JAME'S PRUNIER, MUJERCITAS, SM, 1997.

de Acción de Gracias e, incluso, estos «afortunados» norteamericanos daban buena cuenta de helados mucho antes de que se convirtiesen en un lujo casi exótico en el resto del mundo.

La imagen que primaba en la literatura juvenil norteamericana era la de una familia feliz reunida alrededor de la mesa, y es que los hijos comían el mismo tipo de alimentos que los padres ya fuesen pasteles de carne o un apetitoso pan caliente cubierto con una gruesa capa de mantequilla y coronado por un sabroso jarabe de arce.

Todos probablemente recordamos el apetitoso desayuno de la mañana de Navidad al que las consideradas hermanas March, protagonistas de *Mujercitas*, tuvieron que renunciar para entregarlo a una familia necesitada. Aquella famosa mañana tuvieron que sacrificar unos sabrosos pastelillos y una gran jarra de crema por algo más ligero y frugal como pan con leche.

Los padres ingleses tenían su propia opinión sobre alguno de estos manjares y no reparaban en el placer que suponía para los niños el deleitarse con ciertos alimentos. Al jamón y al queso los consideraban indigestos, a la mantequilla y a la crema las encontraban demasiado grasosas y a la mermelada de frambuesa la acusaban de debilitar el carácter.

En la obra de Mrs Molesworth, *Mary* (1893), leemos que una madre acude a una pastelería y le compra a su hija pequeña un vaso de leche y un simple bollo

mientras que la madre que acude en segundo lugar le pregunta a su prole si desean pasteles de queso, almendrados o pasteles de crema. Los lectores ingleses de la época enseguida identificarían a la segunda familia con una familia vulgar y no de buena cuna por ofrecer a sus hijos toda clase de dulces, actitud en su opinión ajena al buen gusto y a las buenas costumbres de toda familia que se preciase.

Para las familias norteamericanas, la comida era uno de los elementos más importantes de la vida doméstica y la cocina era considerada el corazón y el centro de la casa. La sensación de calor y el confort doméstico giraban en torno a esta parte de la casa. Por el contrario, a los niños ingleses se les prohibía el simple acceso a la cocina, un lugar al que no debían ni acercarse. Para estos niños y sus familias el centro de la casa no era la cocina sino la salita, el lugar donde se leía el periódico, se tocaba algún instrumento y se recibía decorosamente a las visitas.

En la obra *Six to Sixteen* (1875), de la escritora J. H. Ewing, existe un ejemplo claro que ilustra el alejamiento de los niños ingleses del lugar que es el más cálido y «doméstico» de la casa. Cuando la protagonista Margery Vandaleur viaja al norte de Inglaterra a casa de su amiga Eleanor, se asombra de la afinidad que hay entre comodidad y cocina, una idea que jamás se le hubiese ocurrido a ella. La cocina se convertiría para estas niñas en un lugar acogedor, en el que estudian, se resguardan de la tormenta y se ca-

lientan delante del fuego, un lugar independiente en el que las protagonistas escriben sus vivencias en un diario. Este descubrimiento de la cocina como lugar en el que refugiarse no es entendido por los hermanos de la citada Eleanor que no comprenden que unas *ladies* pueden sentarse en semejante lugar, implicando con su afirmación que no es lugar para los de su clase.

Disciplina inglesa

La presión de tipo moral sobre los niños ingleses victorianos de este tiempo es también física como estamos comprobando. La frugalidad en la comida estaba asimismo acompañada de otra serie de restricciones como habitaciones poco caldeadas, camas duras o baños de agua fría. La comodidad era considerada un elemento debilitador tanto del carácter como de la mente. Todo ello se correspondía exactamente con la clase de educación que se veía como necesaria para que los niños se convirtiesen en unos adultos de provecho en poco tiempo. Así, la infancia de estos niños ingleses y la de los protagonistas de las historias domésticas transcurría siempre bajo la atenta mirada de sus padres o tutores, incluso las travesuras que hacen estos



JAME'S PRUNIER, MUJERCITAS, SM, 1997.



THOMAS HENRY, LOS APUIROS DE GUILLERMO, MOLINO, 1979.



BURGESS SHARROCKS, SECRET SEVEN MYSTERY, BROCKHAMPTON PRESS, 1961.

pequeños son siempre resueltas por un adulto, y sus posibles consecuencias, como ropa rota, desorden o algún estropicio, era siempre solucionado por una criada, de modo que todo volvía a la normalidad en poco tiempo.

En la vida diaria de estos niños no había lugar para la improvisación, la emoción, la impulsividad o la creatividad. La infancia era una etapa muy corta en la vida de una persona y los niños debían seguir en todo momento las pautas que se habían marcado para ellos con el fin de que se convirtiesen en unos adultos dispuestos a cumplir el papel que la sociedad les había asignado de antemano y que correspondía a cada uno dependiendo de la clase social a la que perteneciera.

En este mundo carente de improvisación y controlado a todos los niveles, la alimentación también debía someterse a los mismos rigores y restricciones que cualquier otro aspecto de la vida infantil. La falta de imaginación de estos padres victorianos se reflejaba irremediablemente en el régimen de comidas. El deleite en el comer no tenía por tanto cabida en este mundo controlado y medido. A medida que los escritores de finales de siglo, casi siempre mujeres, comenzaron a situar su punto de vista en el propio niño, las figuras paternas fueron perdiendo progresivamente su protagonismo en las historias domésticas y el niño fue ganando un es-

pacio tanto literario como real en el que poder desarrollar su imaginación y librarse en cierto modo de la atenta mirada de sus progenitores.

Solamente cuando el niño comienza a desarrollar sus aventuras fuera de las paredes de la casa que durante tanto tiempo cobijaron el alma infantil y la enclostraron, la comida logra sumarse a los nuevos espacios de libertad que los niños van conquistando. Esta libertad va ganando metros al jardín de las casas y, poco a poco, las aventuras se desarrollan cada vez más lejos del hogar aunque

nunca fuera del alcance paterno. Las aventuras de la primera mitad del siglo no permiten a nuestros héroes alejarse de manera peligrosa de los límites familiares y estas salidas controladas acaban siempre con la vuelta a casa y con la esperanza cierta de una suculenta y abundante merienda que ponga colofón a todas sus peripecias. ■

*Ana Fernández Mosquera está haciendo una tesis doctoral sobre LIJ del siglo XIX en la Universidad de Vigo y es miembro de ANILIJ (Asociación de Investigadores de Literatura Infantil y Juvenil), también con sede en Vigo.

Bibliografía

- Alcott, Louisa May, *Mujercitas*, Madrid: Anaya, 1995; Barcelona: Plaza & Janés, 1995; Madrid: Gaviota, 1996; Madrid: Alfaguara, 1997; Barcelona: Molino, 1997; Madrid: SM, 1997 y Barcelona: Alba, 1998 (son algunas de las incontables ediciones de este clásico en castellano).
- Avery, Gillian, *Behold the Child. American Children and Their Books 1621-1922*, London: The Bodley Head, 1994.
- Blyton, Enid, *Los Cinco junto al mar*, Barcelona: Juventud, 1976.
- Blyton, Enid, *Un premio para Elizabeth*, Barcelona: Molino, 1980.
- Blyton, Enid, *Un susto para los Siete Secretos*, Barcelona: Juventud, 1979.
- Blyton, Enid, *Misterio del cuadro*, Barcelona: Molino, 1980.
- Crompton Richmal, *Guillermo el gángster*, Barcelona: Molino 1980.
- Ewing, *Six To Sixteen*, London: George Bell and Sons, 1908.
- Molesworth, *Mary*, London: MacMillan and Co, 1893.